

El árbol de la lectura

Gael Josué Vega Monge

Érase una vez en un lugar muy lejano, un parque muy pero muy grande. Había una gran cantidad de árboles en ese lugar, de todas las formas y tamaños. Justamente ahí, se encontraba plantado un árbol muy especial. Se llamaba Lectoro, le encantaba mucho leer. Era tanto su gusto por la lectura, que cada día con mucho entusiasmo se leía un libro nuevo. Es más, ya hasta había sido capaz de leer todos los cuentos clásicos que existen en el mundo. Lectoro disfrutaba tanto de esta actividad, que su corteza estaba llena con pequeñas frases de los libros que ya había leído, como si quisiera compartir su amor por los libros con los demás.

Cada día, niños de todos los lugares llegaban al parque para jugar y disfrutar de la tranquilidad que rodeaba a Lectoro. Sin embargo, había un niño llamado Dereck que no se sentía muy atraído por los libros. Para él, leer era algo aburrido y difícil, prefería pasar sus tardes jugando con sus amigos en el parque, sin prestar atención a las historias que le podían ofrecer los libros.

Un día, mientras Dereck caminaba por el parque buscando un lugar tranquilo, se detuvo bajo la sombra de Lectoro, para descansar un momento. El árbol parecía más vivo que nunca, y en sus ramas colgaban libros abiertos que parecían esperar a alguien. Dereck, intrigado, se acercó y tocó suavemente uno de esos libros. Al abrirlo, una brisa cálida acarició su rostro y, poco a poco, las palabras comenzaron a cobrar vida ante sus ojos.

No eran simples letras; parecían bailar y transformarse en imágenes y sonidos que llenaban el aire a su alrededor.



Dereck sintió como si el árbol le estuviera contando una historia en voz baja, mostrándole personajes que reían, lloraban y corrían, y paisajes que se extendían más allá de las páginas. Por primera vez, una emoción nueva lo envolvió: era como si una puerta secreta se abriera en su mente, invitándolo a entrar a un mundo lleno de maravillas.

Día tras día, Dereck volvió al árbol Lectoro, que con paciencia y entusiasmo lo guiaba en cada cuento. Primero, le enseñó las letras; luego, las palabras, y finalmente, las historias completas.

El árbol tenía algo especial: cuando Dereck leía cerca de él, las palabras ya no parecían tan difíciles. Poco a poco, empezó a entenderlas mejor, como si alguien le estuviera ayudando en secreto.

Lo que Dereck no sabía era que Lectoro también aprendía con él. Cada vez que Dereck leía un nuevo libro, el árbol absorbía la alegría y el asombro del niño, fortaleciendo sus ramas y haciendo que sus hojas brillaran más intensamente.

Una tarde, mientras Dereck leía bajo la sombra de Lectoro, un grupo de niños que lo habían visto con el libro se acercó. Con timidez, uno de ellos preguntó: ¿puedo leer también? Dereck sonrió y les invitó a sentarse alrededor del árbol. Entonces, Lectoro empezó a susurrar otro cuento y, poco a poco, todos los niños comenzaron a escuchar, aprender y enamorarse de la lectura.

El parque se convirtió en un lugar de magia, donde el sonido de las risas y las páginas al pasar se mezclaban con el canto de los pájaros. Dereck, que antes pensaba que leer era aburrido, ahora no podía esperar para descubrir la siguiente historia que Lectoro le regalaría.

Y así, gracias a un árbol que amaba leer, un niño encontró la llave para abrir el mundo maravilloso de los libros. Desde entonces, Dereck no solo aprendió a leer, sino que también cultivó un amor profundo por las historias que le enseñaron a soñar, a imaginar y a crecer.

El árbol de la lectura siguió plantado en aquel parque mágico, esperando al próximo niño que necesitara descubrir el poder de las palabras y el placer de la lectura.

Enlace para votar: <https://forms.gle/XfoVHYqfzwWdS9fm6>